

nos peninsulares que puedan mostrarse reticentes por lo que un mexicano pueda decir de nosotros, desde la Edad Media hasta hoy, quiero dejarles la inquietud de la queja de Alfonso Reyes a Unamuno: «A lo mejor vive al otro lado del mar quien más nos merece y nos entiende mejor».

Hay una pátina auténtica que debe ser siempre respetada por el restaurador. Este libro es una gran aportación a ese inmenso lienzo que es el mestizaje de nuestra historia común, los hispanoamericanos nos parecemos a la pátina de aciertos y errores que nos cubre. Al cerrar este libro, españoles e hispanoamericanos resumimos al unísono: esto somos.

Marta Portal

*El Naranjo, o los círculos del tiempo narrativo de Carlos Fuentes**

Yo leí, es decir, vi todo esto. La caída de la gran ciudad azteca, Tenochtitlan, en medio del rumor de atabales, el choque del acero contra el pedernal y el fuego de los cañones castellanos. La caída de la gran ciudad

andaluza, Sevilla, en medio de idénticos redobles, mandobles, y el fuego de los lanzallamas mayas. Yo vi y oí, es decir, imaginé todo esto en la historia inicial de *El Naranjo, o los círculos del tiempo*, de Carlos Fuentes, que tiene por título justamente «Las dos orillas» y cuenta a través de una bien calculada cuenta atrás, de diez a cero, el lanzamiento de unas naves especiales, naves de presa y de sorpresa, digamos, que van a ir de la orilla americana a la española para devolver una visita no precisamente cortés y restablecer así el equilibrio entre la historia pasada y la futurible, entre la historia verdadera, que diría el cronista Bernal Díaz del Castillo, y la verdadera fabulación o más bien confabulación mítica. A una acción histórica fabulosa corresponde aquí una reacción y relación fabulosa igual y de sentido contrario. «Las dos orillas» es así la historia de una doble conquista, o de una conquista de ida y vuelta. Es también, en cierto modo, una historia de *revenants* —de reaparecidos—. Las almas en pena de la historia, los manes, van a oponerse a los desmanes de la historia. O al menos a sugerir otras alternativas que podrían servirnos de ejemplo. Y en este sentido *El Naranjo* es una colección de novelas ejemplares. Las historias de *El Naranjo* están contadas desde el otro lado, por narradores muertos, y componen unos sui generis memoriales de ultratumba. La voz de ultratumba (o de ultra-Otumba) que nos habla desde «Las dos orillas» es la de Jerónimo de Aguilar, el intérprete de Cortés, que había aprendido los dialectos mayas durante ocho años de cautiverio entre los indios de Yucatán. Carlos Fuentes hace una lectura y reescritura muy creativas de los cronistas de Indias, en especial de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, para contarnos las historias dobles de «Las dos orillas» y en particular la de Jerónimo de Aguilar y de su compañero de naufragio, Gonzalo Guerrero, que optó finalmente por quedarse entre los indios y luchó con éstos contra los españoles. Así «Las dos orillas» podría subtitularse a la manera borgiana «Historia de Guerrero y el cautivo». El cautivo, Jerónimo de Aguilar, volverá con los españoles para traicionarlos traduciendo fielmente el espíritu, que no la letra, de sus palabras falaces, a los indios y acabar después de muerto inspirando a Guerrero la invasión maya de España.

* Carlos Fuentes: *El Naranjo*. Alfaguara, Madrid, 1993.

«Las dos orillas» también registra la vuelta al adanismo de uno de los predecesores de Aguilar, el intérprete indio Melchorejo, que a las primeras de cambio, en Tabasco, colgó los hábitos cristianos y se puso a salvo en la selva. Tuvo más suerte que su compañero Julián o Julianillo, que se murió antes, probablemente de algún mal español, aunque Bernal Díaz sin duda habría dicho con su fórmula habitual que «murió de su muerte». Curiosamente, las dos primeras lenguas de Cortés en la Nueva España, Julianillo y Melchorejo, eran bizcos, «entrambos trastabados de los ojos», dice Bernal Díaz, se diría que para no perder de vista las dos lenguas opuestas, la maya y la española. En todo caso, sus sucesores, las lenguas Jerónimo de Aguilar y doña Marina, no se miran con buenos ojos en «Las dos orillas». Hasta el punto de que su rivalidad constituye el nudo del relato.

«Las dos orillas» pone de relieve la importancia de la traducción en la Conquista. El que traduce, traslada, vierte, convierte la lengua del otro a la propia, es el que conquista. Se podría decir, para ampliar la noción de Nebrija, que la lengua —en el sentido de intérprete— es inseparable del Imperio. La Conquista empezaría como un diálogo de sordos, una comunal-descomunal tragicomedia de los errores, una empresa bélica que fue antes babélica. La tierra de donde vinieron los primeros intérpretes de Cortés, Julianillo y Melchorejo, Jerónimo de Aguilar y doña Marina, es buena prueba de ello. Cuando los primeros españoles —los de la expedición de Hernández de Córdoba— llegaron a las costas de Yucatán, y preguntaron a los nativos cómo se llamaba el país, éstos respondieron *tectetán*, «no entiendo», que los españoles creyeron su nombre y oyeron *Yucatán*. Otras versiones dan como etimología de Yucatán otra voz maya, *uyuckatan*, «escuchad lo que dicen». Entre lo que se dice y lo que se oye hay a veces un abismo. Infranqueable, por más que se hable. Supongamos, en nuestras latitudes, que Amsterdam fuese una corrupción de «I don't understand»... Las primeras relaciones de Cortés con los aztecas se establecieron por medio de una cadena de traducciones, una traducción de traducciones: del mexicano al maya al español, o viceversa. Doña Marina hablaba maya y mexicano, y Jerónimo de Aguilar sabía al principio sólo el maya; pero su idioma materno le daba el «control aduanero», digamos, de las palabras. Al menos hasta que doña Marina se hizo con el español. El diálogo

de las lenguas será, en «Las dos orillas», el duelo de las lenguas. Espadas como lenguas... En alto la española, dominante, hasta que doña Marina acabó dominándola en brazos de Cortés. Aunque la iniciación al español la haría con su primer conquistador, Alonso Hernández Puertocarrero, uno de los principales capitanes y amigos de Cortés, que casi olvidó Bernal Díaz de incluir en su espectral lista de conquistadores. Fue precisamente Puertocarrero el que llevó a España el magnífico presente de Moctezuma, «el sol de oro y la luna de plata», que contemplará Jerónimo de Aguilar suspendidos en el cielo de Veracruz antes de cerrar para siempre los ojos. Pero previamente habrá de medirse con doña Marina. La lengua sesuda del ex-clérigo Aguilar versus la lengua sexuada de doña Marina la amante india de Cortés. Aunque Aguilar murió de «mal de bubas», como consigna Bernal Díaz, se podría hablar en cierto modo del castellano del casto Aguilar, pues mientras estuvo cautivo entre los indios de Yucatán defendió su castidad con el celo de un San Antonio o de un casto José. En cualquier caso, parece que San Jerónimo, patrono de los traductores, no vino en ayuda de su tocayo y Aguilar perdió, como él dice, el *monopolio* de la lengua castellana. El *monoexpolio*, también. Le queda como último recurso la traición —y «Las dos orillas» es la mejor ilustración del viejo adagio «Traduttore, traditore». La lengua doña Marina traiciona también a su pueblo, con los conquistadores, con sus conquistadores, y en «Las dos orillas» se recuerda que «su pueblo le puso "La Malinche", la traidora». «Las dos orillas» viene a ser la historia de dos traiciones que se revelarán sumamente fructíferas porque ambas traen la semilla del mestizaje. Jerónimo y Marina pretenden, en el fondo, lo mismo. «Las dos orillas» anuncia el fin de los monólogos de sordos de las civilizaciones, por ejemplo de la española y de la azteca, porque la nuestra es una civilización meteca o no será.

Aguilar, con la ayuda de Guerrero, intentará devolver a la cultura española la memoria de sus múltiples mestizajes, y apunta que Cortés quizá permitió que Guerrero se quedara entre los indios para que un día acometiera la magna empresa de conquistar España con el mismo ánimo que él, Cortés, conquistó México y vendría a vengarlo así de las humillaciones que sufrió en su propia tierra. Pero Aguilar es lo que se llama un narrador

poco fiable (su divisa es: «Traduje, traicioné, inventé») que oculta algunas cartas de su juego y se arroga un protagonismo en la conquista de España que parece a todas luces excesivo. Su vicario Gonzalo Guerrero es un buen guerrero, como demostró en su lucha de guerrillas indias contra Hernández de Córdoba; pero la nueva conquista de la vieja España no puede ser menos que la de Nueva España y necesitaría por fuerza a un segundo Cortés. ¿Cortés no hay más que uno? Por fortuna o por designios del destino hubo dos Corteses: el Cortés español y el Cortés mexicano. Cortés y su vivo retrato... O viceversa, porque la figura fue antes que el genio, al menos a ojos de su antagonista Moctezuma. El emperador azteca, con sus primeros mensajeros cargados de presentes, envió además a Cortés sus pintores o pictógrafos de corte, podríamos decir, para que le representaran cómo era el presunto Quetzalcoatl que regresaba con los suyos. La escena la describe muy gráficamente el testigo Bernal Díaz en el capítulo XXXVIII de su *Historia Verdadera*: «Y parece ser que el Tendile [un gobernador de Moctezuma] traía consigo grandes pintores, que los hay tales en México, y mandó pintar al natural rostro, cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, y navíos y velas y caballos, y a doña Marina y Aguilar, hasta dos lebreles, y tiros y pelotas, y todo el ejército que traíamos, y lo llevó a su señor». Y en el capítulo siguiente continúa: «Y estando en esto vino el Tendile una mañana con más de cien indios cargados, y venía con ellos un gran cacique mexicano, y en el rostro, facciones y cuerpo se parecía al capitán Cortés, y lo envió el gran Montezuma; porque según dijeron, cuando de Cortés le llevó Tendile dibujada su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dijeron que un principal que se decía Quintalbor se le parecía a lo propio a Cortés, que así se llamaba aquel gran cacique que venía con Tendile; y como parecía a Cortés, así le llamábamos en el real Cortés allá, Cortés acullá».

El parecido y el aparecido. Moctezuma ofrece a Cortés las gemas y el gemelo, el espejo mexicano en el que reconocerse. La individualidad se hiende en dualidad, dualidad india y española.

Tal vez existe y algún día aparezca una sexta relación en la que Cortés cuenta el intercambio de yoes y sus circunstancias, acaso en una «noche de reflejos», para

decirlo en términos de *Terra Nostra*, y también cuenta el cambio de piel de Quetzalcoatl, para emprender la conquista de España. Este trueque de Corteses, o de Cortés y Quintalbor, podría esclarecer la enigmática y terrible escena de «Los hijos del conquistador», la siguiente historia de *El Naranjo*, cuando el primer Martín se asomó a la caja en que yacía su padre Hernán Cortés: «La cara de mi padre muerto estaba cubierta por una máscara polvosa de jade y pluma».

¿Y cuáles podrían ser las palabras incomprensibles que Cortés o su doble Quintalbor dijo antes de morir en Castilleja de la Cuesta? ¿Palabras que habrían comprendido doña Marina y Jerónimo de Aguilar?

Aguilar de altos vuelos se engalana con plumas ajenas, las de Cortés-Quetzalcoatl, para escribir su crónica al revés, de diez a cero, a fin de indicar, dice, «un perpetuo reinicio de historias perpetuamente inacabadas». Por los ciclos de los ciclos. Cero-Ouroboros-Quetzalcoatl-Círculo del Tiempo que se muerde la cola y se devora hora a hora.

Aguilar no explica del todo quién era en realidad ese «buitre de las alturas, serpiente del suelo», ese ser mitológico en el que llegó montado a Sevilla.

Aguilar y Guerrero a la conquista de España. No hay dos sin tres y faltaba Cortés emplumado con preciosas plumas para completar el triunvirato o mejor dicho el «triumvirato» de la Conquista.

He traído a cuento los dos Corteses, este doble juego de dobles, porque todo es doble en *El Naranjo, o los círculos del tiempo*. Las dos orillas, como vimos, que son las dos lenguas, Marina y Jerónimo, que son las dos voces, las de Europa y América, que son los dos Martines, en «Los hijos del conquistador», el hijo legítimo y el hijo bastardo de Cortés. Y son «Las dos Numancias», en la historia del mismo título, con sus dos Escipiones Africanos y con sus dos naranjos improbables. Y son *Las dos Américas*, que es el nombre de la embarcación de recreo —y nunca mejor dicho— de la historia siguiente, «Apolo y las putas», que anuncia la próxima y última historia titulada precisamente «Las dos Américas», que son los dos paraísos, el perdido y el hallado, que son los dos países, el hallado y ya perdido.

«Me obsesiona el problema de la dualidad», reconoce el dividido Publio Cornelio Escipión Emiliano en «Las dos Numancias», historia divisoria, en el centro de *El*